

## Agua útil, aguas milagrosas de la Capitanía de Minas Gerais (siglo XVIII)

*Água úteis, águas milagrosas na capitania de Minas Gerais (sec. XVIII)*

*Useful Water, Miraculous Waters in the Captaincy of Minas Gerais (18<sup>th</sup> Century)*

*Júnia Ferreira-Furtado*

Universidad Federal de Minas Gerais, Belo Horizonte, Brasil. [juniaf@ufmg.br](mailto:juniaf@ufmg.br)

**Resumen** — Este artículo analiza algunos aspectos de la interacción entre el hombre y las aguas de la capitanía de Minas Gerais, región sureste de Brasil, a lo largo del siglo XVIII. Primeramente aborda la necesidad que tuvieron las ciudades, que estaban siendo construidas, de retener el agua, con la finalidad de permitir la minería y garantizar el abastecimiento de hombres y animales. En segundo lugar investiga el uso medicinal del agua, poniendo como centro de estudio el caso de las aguas milagrosas de Lagoa Santa, Laguna Santa, que se encuentra cerca de la Villa de Sabará.

**Resumo** — *Esse artigo analisa alguns aspectos da interação entre os homens e as águas no espaço da capitania de Minas Gerais, na região sudeste do Brasil, ao longo do século XVIII. Primeiramente, aborda a necessidade de contenção das águas nas cidades que eram edificadas na capitania, com o intuito de permitir a mineração e garantir o abastecimento de homens e animais. Em segundo lugar, investiga e se centra no aproveitamento medicinal da água, recortando o caso particular das águas milagrosas da chamada Lagoa Santa, situada nas proximidades da vila de Sabará.*

**Abstract** — *This article examines some aspects of the interaction between humans and water resources within the captaincy of Minas Gerais, in southeastern Brazil, throughout the eighteenth century. First, it addresses the need to make water available in the captaincy's emerging urban settlements in order to supply the mining industry, people and animals. Secondly, the research lays special emphasis on the medicinal use of water, analyzing in particular the case of the miraculous waters of Lagoa Santa, a lagoon located near the town of Sabará.*

---

**Palavras-chave:** água, ríos, Minas Gerais, águas urbanas, medicina

**Palabras clave:** aguas, ríos, Minas Gerais, aguas urbanas, medicina

**Keywords:** water, rivers, Minas Gerais, urban waters, Medicine

**Información Artículo:** Recibido: 4 junio 2013

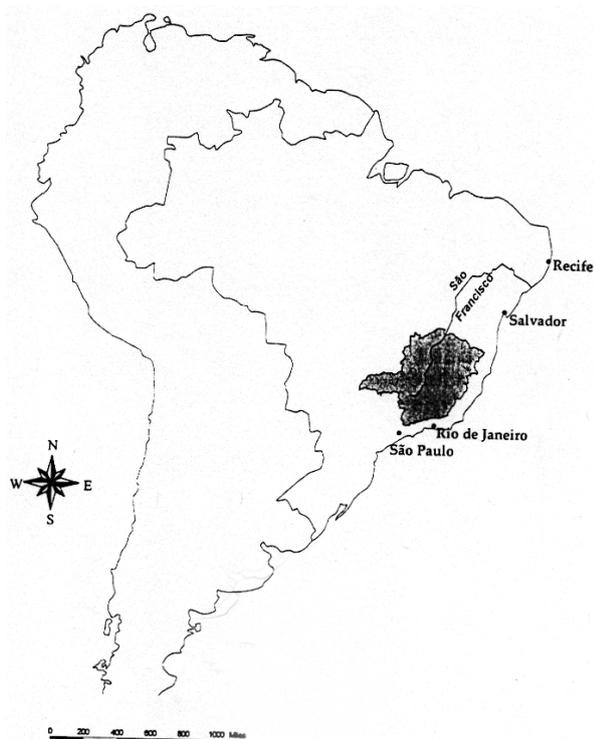
Revisado: 4 abril 2014

Aceptado: 24 abril 2014

INTRODUCCIÓN\*

Desde 1680, las expediciones de exploración que viajaron hacia el interior de la región costera de São Paulo, en la actual región sureste de Brasil<sup>1</sup>, comenzaron a encontrar oro en los lechos de los ríos. Este descubrimiento dio lugar a un gran flujo de población de la región que se conoció como Minas Gerais. Desde 1720, la región ganó autonomía jurídica de São Paulo, convirtiéndose en una capitania independiente para mejorar la gestión de los recursos minerales locales, no sólo con el descubrimiento de oro, sino también con el de diamantes y piedras preciosas.

Mapa 1. Actual estado de Minas Gerais



Autoría de Júnia F. Furtado.

En dos obras magistrales<sup>2</sup>, el historiador brasileño Sérgio Buarque de Holanda abordó el tema de los ríos y las aguas en el proceso de ocupación del sureste de Brasil a lo largo del siglo XVIII. Él dice que, en lo que respecta a la capitania de Minas Gerais, y a diferencia de muchos otros lugares de América, los cursos de aguas fueron para los colonizadores que entraban en su territorio más una barrera que una vía de transporte<sup>3</sup>. A pesar de esta afirmación y de la distancia de la costa, la presencia de agua en Minas es una constante; en su territorio nacen importantes cuencas hidrográficas. El gobernador de la repartición sur, Artur de Sá, una de las primeras autoridades que viajó a este área, dijo

\* Agradezco al CNPq y FAPEMIG las bolsas de investigación que me permitieron realizar este artículo.

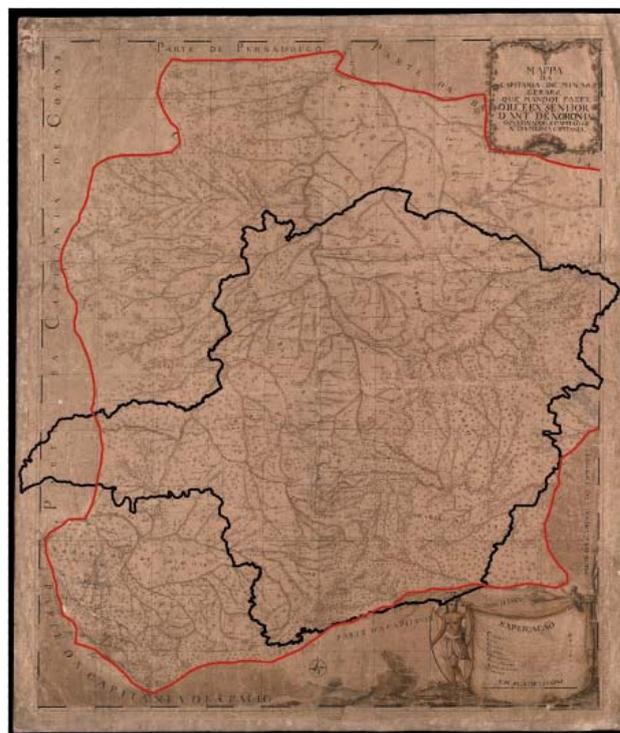
1 La región sureste abarca los actuales estados de São Paulo, Rio de Janeiro, Minas Gerais y Espírito Santo.

2 Holanda, 1990 y 1994a.

3 Holanda, 1990, 19-21.

que “las tierras son enormes, con cerros y montes que van hasta las nubes, por cuyo interior corren ríos copiosos y riachuelos más pequeños”. Deslumbrado, afirmó que “en todas las riberas se encuentra oro con mayor o menor abundancia”<sup>4</sup>.

Mapa 2. Território da Capitania de Minas Gerais



Autoría de Carmem Marques sobre *Mapa de Minas Gerais* de José Joaquim da Rocha, 1777.

Varios mapas y rutas creados en el contexto inicial de la ocupación de Minas Gerais, en donde grandes yacimientos de oro y diamantes fueron paulatinamente encontrados a lo largo del siglo XVIII, acentúan el hecho de que la red de ríos servía mas bien como factor de aislamiento que como conexión con la región minera. Fuera que las imágenes eran el reflejo de la malla hidrográfica local, la clausura del espacio minero por una red de ríos interconectados provenientes de sus sierras, también sustentaba los mitos existentes en la escatología cristiana occidental acerca de la existencia de un paraíso terrestre. Desde el periodo medieval el Edén, situado en tierra firme o en una isla, siempre estaba cercado “por barreras naturales, agua y fuego; montañas insuperables; animales peligrosos”<sup>5</sup>.

*La Ruta Ilustrada de Tierras Mineras de Brasil*<sup>6</sup>, mapa de Manuel Francisco dos Santos Soledade, producido en 1729, es uno de los que presenta Minas como un real “saco de oro del sur”, cer-

4 Antonil, 1982, 187-188.

5 Assunção, 2000, 35. Holanda, 1994b, 15-34, 185-246.

6 Instituto de Estudos Brasileños, USP, Mapa Manuscrito, 67.4, 55.

cado por corrientes de ríos y montañas. Como se espera del paraíso terrestre, difícil de ser encontrado, sus riquezas dadas por Dios, sólo serían reveladas a aquellos que las buscaran con gran esfuerzo. No es por casualidad que en el interior del territorio, Soledade pusiera sobre el signo de la cruz la Lapa do Bom Jesus, consagrando a Dios todo ese rico espacio aurífero.

Mapa 3. Ríos de Minas Gerais



Autoría de Carmem Marques sobre *Mapa de Minas Gerais* de José Joaquim da Rocha, 1777.

Otro que presentó la capitanía de forma similar fue José Rodrigues Abreu<sup>7</sup>, médico portugués que en 1709 acompañó a Antonio de Albuquerque, nuevo gobernador de la repartición sur, en su expedición por Minas. En su libro de medicina, *Historiología Médica*<sup>8</sup>, publicado en cuatro tomos entre 1733 y 1752, incorporó parte de sus observaciones en el apéndice oro, que se encuentra en el segundo volumen (1739), y que fue escrito en forma de un rol de medicamentos simples y compuestos<sup>9</sup>. En su descripción, el área de la minería portuguesa ocupaba el centro de América encerrada en tres círculos concéntricos de ríos y sierras que la envolvían, abrazaban y protegían. Para él, esta tierra era “madre de abundantes aguas, en donde toman nombre muchos ríos caudalosos”<sup>10</sup>. Había un círculo externo formado por la unión de los ríos Amazonas, de la Plata y San Francisco y otro interno, simi-

lar a la descripción del Génesis, constituido por cuatro ríos, que juntos encerraban ese paraíso, resguardando las fronteras. Eran el río de las Velhas, que desembocaba en el río San Francisco y establecía los límites entre el oeste y el norte de las capitanías de Bahía y Pernambuco; el segundo río era el San Francisco, que fluía hasta la Isla de Santa Catarina y separaba la región sur. En dirección al este, se encontraba el tercero resultante de la unión de los ríos Paraíba y Paraibuna del sur, limítrofes con la capitanía de Rio de Janeiro, y, finalmente, al noreste, el cuarto, el río Doce, que corría en el interior impenetrable del país, aislando la capitanía de Espírito Santo. De esta forma, su territorio quedaba apartado, tanto en relación a las demás capitanías litorales como a la América Española: era una isla dentro de otra isla.

La imagen de un grupo de ríos cercando Minas, que recordaban al paraíso, fue una de las ideas que el portugués Pedro de Rates Henequim, morador de la región en aquella época, utilizó delante de los inquisidores para describir Minas como “el paraíso terrenal, en donde Adán fue creado”<sup>11</sup>. Osado, llegó a afirmar que los nombres dados a los ríos en el paraíso descrito en la Biblia eran todos “nombres apócrifos, pues los verdaderos deberían ser los del río San Francisco, Amazonas y otros”<sup>12</sup>.

*El libro del conocimiento de todos los reinos*, escrito por un castellano anónimo en el siglo XV, fue una de las innumerables obras que se divulgaron sobre la creencia del paraíso en la época. Una de las características de las aguas paradisiacas era que al caer “de montañas muy altas (...) hacen tanto ruido que el sonido puede ser oído a dos días de viaje de distancia”<sup>13</sup>. Esa misma particularidad fue dada a las aguas de la región que comenzaban en el noreste de Brasil y seguían el curso del río San Francisco hasta Minas, pues, en la naciente se escuchaba un estruendo tan fuerte “que a dos jornadas distantes se oía el ruido”. Era la cascada de Paulo Alfonso, donde “el agua cae de tan alto y con tal sonido que impresionaba a todos”<sup>14</sup>.

A partir de los relatos sobre las maravillas del agua en la región minera, este artículo aborda la relación que se estableció a lo largo del siglo XVIII entre el hombre y el agua —ríos, arroyos y lagunas— que abundan en la región. La acción de los colonizadores luso-brasileños sobre la naturaleza fue constante y la relación entre ambos polos estuvo permeada por interacciones y desavenencias, ya que el intento por tener el control de la naturaleza no se realiza sin contradicciones. Fundamental para la supervivencia humana y esencial para las actividades mineras, los ríos —fue en sus alrededores que surgieron los primeros pueblos— y las lagunas son tenidos como entidades vivas, que fueron domadas en la medida que los colonizadores se establecieron en el territorio con el fin de hacer uso de ellas conforme a sus necesidades. Era importante contener los ríos que inundaban las ciudades, ejecutar obras que permitiesen la extracción de minerales de sus fuentes, construir puentes para facilitar su paso, garantizar el abastecimiento de agua canalizando los ríos y construyendo estanques y fuentes. Todo eso exigía un sinnúmero de intervenciones de ingeniería flu-

7 Furtado, 2005, 277-295.

8 Abreu, 1733-1752, 4 v.

9 Abreu, 1739, 514-528.

10 Ibidem, 516-517.

11 Gomes, 1997, 111.

12 Idem.

13 Marino, 1999, 631.

14 Abreu, 1739, 517, 520-521.

vial. En este sentido, se forja en la sociedad una cultura material, permeada de ideas como salubridad e insalubridad, exceso o falta de agua y un sinfín de situaciones que pasaron a ser comunes en el día a día. En ese aspecto, este estudio enfatiza algunas facetas de la interacción entre el hombre y las aguas, en un espacio minero a lo largo del siglo XVIII, pues a diferencia de otras regiones, los ríos no eran el principal medio de transporte para colonizar la región. Aun así se convirtió en vehículo importante para mantener su colonización. Por tanto, primeramente abordamos la necesidad de contener las aguas en las urbes que eran edificadas en la capitania, con la finalidad de permitir la minería y garantizar el abastecimiento de hombres y animales. En segundo lugar, investigamos y nos centramos en el aprovechamiento medicinal del agua, dejando en el centro el caso de las aguas milagrosas de Lagoa Santa (Laguna Santa), que se encuentra próximo a la Villa de Sabará, uno de los principales núcleos urbanos.

### AGUAS EN LOS CAMINOS HACIA LAS MINAS

Cualquiera que fuera el camino que los viajeros escogiesen para llegar a Minas Gerais, los ríos siempre eran una constante en el largo trayecto y para poder atravesar aquellos que eran más caudalosos se hacía necesario "buscar un lugar de baja profundidad, lanzar algunos troncos, fabricar balsas"<sup>15</sup>. Cerca de Sabará, por ejemplo, el transeúnte se enfrentaba con el *Caudal del Infierno*, que recibió ese nombre porque para atravesarlo era necesario pasar por un puente de al menos 20 pies de longitud y 200 de altura. "Cruzar ese despeñadero era una experiencia terrible, pues, en el fondo del horroroso precipicio, el río corría con toda bulla"<sup>16</sup>.

Si bien atravesar aquellos cursos de agua podía ser una actividad compleja, estos eran esenciales para poder mitigar la sed y orientar a los viajeros, que muchas veces también caminaban siguiendo su curso, guiando diariamente la marcha. Para los que salían de Bahía, era "necesario ir en busca del río San Francisco", pues sus afluentes guiaban a los caminantes hasta las minas<sup>17</sup>. Entre el litoral y los márgenes del río se echaba entre 25 y 30 días por el trayecto más corto, en ese trecho el viajante tenía la opción de tomar algunos atajos<sup>18</sup>. El cauce del San Francisco era navegable desde Salto, localizado cerca de la península, poco después de la Cascada de Paulo Alfonso, hasta la península del río Velhas, en la capitania de Minas. A pesar de eso, el río y sus afluentes servían más como referente geográfico, permitiendo la conexión espacial entre los territorios sertaneros discontinuos, que como un medio de transporte para los viajeros. La mayoría se movía en caballos y mulas por senderos que estaban junto al caudal y, en ciertos trechos, algunos utilizaban las canoas. Estas eran amarradas "de dos en dos, en parejas y presas una a la otra para que la corriente no les diera vuelta"<sup>19</sup>, cuidado que fue necesario porque las corrientes eran muy fuertes.

El San Francisco y su cuenca hidrográfica era el que garantizaba el suministro de agua, a partir de innumerables riachuelos, arroyos, pozones y lagunas, todos conectados a un sistema fluvial que el viajero necesitaba buscar durante el viaje. La Laguna de los Patos, por ejemplo, desentrañaba un ecosistema animal y vegetal, que reflejaba la riqueza que el río daba a los caminantes hambrientos y sedientos. El sonido de un sinnúmero de pájaros y animales que allí mataban su sed, en ocasiones casi infernal, encantaba a los que pasaban por ahí en el siglo XVIII y, casi intacta, causaba el deslumbramiento de los visitantes extranjeros. Así ocurrió en el caso de Von Martius, que transitó por el lugar en el siglo XIX<sup>20</sup>. En esta ruta, el viaje siempre comenzaba en el mes de octubre, cuando la lluvia comenzaba, pues era esencial para poder suplir con agua a los transeúntes y sus caballos, que se aventuraban por una región cuyo trecho inicial era marcado por lo indómito de la naturaleza<sup>21</sup>.

Aun cuando se aprovechaba la estación lluviosa, era necesario tener otros cuidados y estrategia para abastecerse con el volumen suficiente de agua que permitiera garantizar la supervivencia a lo largo de la extensa jornada. En un lugar llamado Boqueirão, cercano a una de las primeras haciendas, nominada Serrinha, después de dejar la ciudad de Salvador y atravesar la bahía de Todos los Santos, los visitantes encontraban agua limpia, apropiada para el consumo humano, la cual era almacenada en odres de cuero, que eran llevados "en cargas, sobre los caballos, (...) hechos de dos medios de suela". Luego, en el riachuelo Seco, que como muchos de los cursos de agua no era perenne, era necesario abrir pozos más profundos, "que en el lenguaje popular se llamaban cacimbas (estanques)" desde donde se sacaba el agua que se usaba para hidratar a los caballos<sup>22</sup>. De esta forma, se guardaba el agua potable recolectada al comienzo del viaje para los caminantes. Poções, era otro lugar, cuyo "nombre se le dio por tener agua en la mayor parte del año"<sup>23</sup>. Esta necesidad imperativa de buscar agua para mitigar la sed, dejó su marca en los nombres de los lugares de descanso: Olho de agua da Serra (ojo de agua de la sierra), Lagoinha (lagunita), Canudos (paja/bombilla), Poções (pozones), Lagõa do Junco (laguna del junco) y la de los patos. Reflejan la lucha diaria contra la sed y exaltan los valiosos puestos de abastecimiento encontrados en medio del matorral.

En el interior de la capitania de Minas, el sonido de las aguas era una marca en el paisaje, pues en todo lugar, atravesando los caminos, corrían "mil vertientes de aguas puras y cristalinas". Hilos de agua caían "con fuerza desde las alturas", otros se quebraban y dividían "sobre piedras hasta el pie de la sierra", después de un largo camino desembocaban en los grandes ríos. El sonido de las aguas, en ocasiones era manso, pues lentas vertientes se esparcían en grandes playas de arenas blancas, otras, zigzagueando entre estrechas sierras, desaparecían de la vista para aparecer nuevamente con furor y estruendo, a lo largo de innumerables

15 Holanda, 1994a, 36.

16 Brito, 1999, 1, 905.

17 Furtado, 2012, 127-160.

18 Robert Bosch Collection (RBC), Noticias de las minas de América llamadas Gerais, 229, 555, 1, 1.

19 Abreu, 1739, 517, 520-521.

20 Fundación Maria Luiza y Oscar Americano, Martius, C. F. P., Laguna de las Aves en el río San Francisco

21 RBC, 229, 555, 1, 1.

22 Ibidem, 1, 2.

23 Ibidem, 1, 4.

caídas<sup>24</sup>. En todo lugar las aguas mostraban un espectáculo, incluso sonoro, inolvidable<sup>25</sup>.

En Minas las estaciones no eran marcadas ya que solamente se distinguía un periodo de sequía, que se prolonga de abril a septiembre, y otro de precipitaciones, entre octubre y marzo. Cuando llegaban las lluvias, estas “no eran tranquilas y suaves”<sup>26</sup>, sino mas bien copiosas y estrepitosas y se prolongaban por días y semanas. El sonido de las pesadas gotas en ocasiones sobresaltaban a los moradores dentro de sus casas, quienes temían los estragos de las inundaciones que, comúnmente, detenían los servicios en la época de minería y destruían algunos poblados situados a las orillas del río. El rugido de los truenos retumbaba en las sierras, asustando a los más valientes. Mas cuando el sol reaparecía en un limpio cielo azul, la vida y la naturaleza se renovaban.

Una fuerte lluvia vivenció la expedición que el gobernador Antonio de Albuquerque reclutó en Minas para expulsar a los piratas franceses que se habían apoderado de Rio de Janeiro en 1711, dirigidos por Du Guay-Troin. En dicha ocasión, fue movilizado un contingente de seis mil hombres, distribuidos en 6 milicias de orden, estos fueron escogidos por ser parte de los individuos más honorables de Minas, todos iban acompañados de sus esclavos. El viaje de la comitiva comenzó en la villa del Carmo y rápidamente se transformó en una pesadilla. “Fuertes lluvias hicieron los senderos de las montañas intransitables, imposibilitando el transporte de pólvora y de otros armamentos”<sup>27</sup>, los ríos comenzaron a aumentar sus niveles de agua, pero Albuquerque mantuvo la marcha, a pesar del retumbar de los truenos y de las pesadas aguas que caían sobre sus cabezas. Al llegar a las cercanías de Rio de Janeiro, en lo alto de la Sierra del Mar, se dieron cuenta, desolados, que en el paso por los caudalosos ríos que encontraron en el camino, toda la pólvora que llevaban se había mojado, haciéndose prácticamente inútil su uso para el combate<sup>28</sup>.

Como se mencionó en la introducción, a diferencia de otras regiones, los ríos no eran el principal medio de transporte para colonizar la región de Minas. Sin embargo, fueron siempre esenciales para el caminante, saciando su sed y orientando su camino. Por otro lado, como veremos en la parte siguiente de este artículo, fue el lecho de los ríos el que dio los primeros y principales hallazgos auríferos, la base para su colonización.

## AGUA Y MINERÍA

El orden cronológico del descubrimiento de oro y diamantes es incierto y dudoso. Lo cierto es que, entre 1695 y 1698, los primeros descubrimientos de oro se tornaron públicos, atrayendo a una multitud de forasteros para la región. Fue tanta la riqueza encontrada, que varios cronistas relataron que en los primeros tiempos el metal emergía solo a la superficie. José Rodrigues Abreu dijo que el “arrancar la hierba, llamada en ese país de *capim*, era extraer oro de la tierra, pues era sacudido de sus

raíces”<sup>29</sup>. Un relato anónimo, que se refiere a una de las primeras jornadas que los paulistas pasaron en la región del Rio de la Muerte, cuenta que “uno de los capitanes del grupo les mostró el oro en el *capim*, en formato de hojas y como granos de munición”<sup>30</sup>. José Álvares de Oliveira afirma que “se encontró [tanto] oro en los cerros, cuanto flores en la tierra”<sup>31</sup>. Como un paraíso terrestre, el descubrimiento era general, ya que el oro “era extraído de las piedras, se encontraba en el barro, aparecía en el sertán, se hallaba en los montes, se localizaba en los valles, en los matorrales y en los campos, es decir en todo lugar, en tales circunstancias que confunden todo el discurso”<sup>32</sup>.

En el caso de los diamantes, los primeros que fueron descubiertos, fueron hallados en la región noreste de la capitanía, en los alrededores del villorrio de Tejuco, datan del inicio de la década de 1720, pero la oficialización de la extracción por parte de la corona, sólo fue en 1729<sup>33</sup>. De la misma forma que ocurrió con el oro, la riqueza de las minas de diamantes hizo crecer la producción de forma vertiginosa, pero en este caso, los precios del quilate cayeron rápidamente en el mercado mundial, ya que su alto valor está directamente ligado a la exclusividad de la gema. Esto obligó a la Corona portuguesa a suspender la producción entre 1734 y 1739, en un intento por recuperar el precio de las piedras, reabriendo un sistema de contratos restrictivos en una sola sociedad anónima, que funcionó hasta 1771. En ese año la extracción de diamantes fue decretada monopolio regio<sup>34</sup>.

A pesar de la abundancia general, la parte más fuerte de la explotación, tanto del oro como de los diamantes, fue realizada primeramente en las orillas de los ríos y márgenes de la región, creando depósitos de gravilla de los aluviones; luego se subió a los terrenos más altos, llegando a los cerros. El padre Antonil, en su obra *Cultura e Opulência do Brasil*, revela que fue desarrollado un ojo perspicaz de observación para identificar los ríos, arroyos o vertientes más fértiles en oro, y para explotarlos los mineros aprovechaban la estación seca, cuando el volumen de las aguas alcanzaba su nivel más bajo. Según el padre “las señales que se deben seguir para saber si hay es no tener arena blanca en las orillas de las aguas, sino pequeños guijarros y piedras del mismo tipo”. Otra señal era la existencia de bancos de arena en medio del curso de agua o entre las piedras y la presencia de esmeril—mineral compuesto de óxido de hierro— sobre la tierra<sup>35</sup>.

La realidad era que sin agua no había explotación mineral, ya sea porque los yacimientos se encontraban en las orillas de los ríos, o porque era un recurso indispensable para moler la tierra y separar el oro de los otros minerales más leves<sup>36</sup>. La batea era el instrumento principal que se utilizaba. Consistía en un plato de metal o de madera, con forma de cono. El minero hacía movimientos circulares con este dentro del agua, “poco a poco el oro (si es que hay), va asentándose en el fondo” y el sedimento más

24 Furtado (coord.), 1994, 54.

25 Furtado, 2008, 19-56.

26 Furtado (coord.), 1994, 54.

27 Furtado, 2002, 1, 3-30.

28 Boxer, 2000, 125.

29 Abreu, 1739, 527.

30 Figueiredo e Campos (coords.), 1999, 1, 218.

31 Ibidem, 277.

32 Abreu, 1739, 528.

33 Lima Júnior, sd., 18. Furtado, 1999, 295-306.

34 Para un breve resumen de la historia de la región, ver Furtado, 2007a.

35 Antonil, 1982, 188.

36 Para resumen de la legislación y técnicas de minería ver Renger, 1999.

liviano se va junto con el agua<sup>37</sup>. José Rodrigues Abreu enumeró las diferentes partes donde el oro era encontrado en detritos de aluvión y las variadas maneras de explotarlo. En algunos lugares “sus piedras están llenas de oro, el cual es extraído a través de un lavado. Estas son quebradas y reducidas a polvo con palancas en la fuerza del brazo y luego son purificadas del material inútil en el agua”. Pero, generalmente, “los arroyos traen la mayor porción de metal, los cuales bañan el interior de los montes que los forman (...) Los ríos y sus márgenes son explotados ordinariamente, se saca el oro de los bordes, parecidos a una pared inclinada, a la cual llaman gravilla”<sup>38</sup>.

Con el pasar del tiempo, la extracción exigió trabajos cada vez más complejos de ingeniería fluvial para tener acceso al cauce de los ríos o para hacer posible la explotación de los depósitos que se ubicaban en los altos cerros. Varias técnicas eran utilizadas. Para llegar a la gravilla cuando el río era muy caudaloso, se desviaba su curso con unas estacas de maderas, con piedras o con sacos de arena o tierra en medio de la corriente de agua; se podía crear un estero superficial, prácticamente sin agua, llamado cata, usando estacas de madera bien amarradas unas con otras. Pero como esas técnicas eran más caras y requerían mayor trabajo, o no siempre eran viables, se utilizaban otras más sencillas. En este caso se usaba el “buceo”<sup>39</sup>, este método habitual en África, consistía en sumergir a un buzo en una porción de agua junto con su batea y sacar la gravilla del fondo del río, donde el oro estaba revuelto, para separarlo en la orilla<sup>40</sup>. Otros usaban un equipamiento llamado “pala de saco”, que era una larga vara, en cuya extremidad se colocaba un saco, ambos de hierro. Con ese instrumento se extraía la gravilla desde una canoa. Cuando se conseguía un volumen considerable de material, era transportado para ser apartado en tierra<sup>41</sup>.

Cuando la minería llegó a las alturas de los cerros y como “los mineros no podían separar el oro extraído en la sierra sin agua”<sup>42</sup>, la administración de las vertientes, que no siempre existían en territorio aurífero, se tornó imperativa para el éxito de la actividad, como lo muestra el requerimiento, muy común, de João Barbosa Moreira, solicitando la provisión de diez lotes de tierra en la parte más conveniente de Serra de Pedra, para establecer una fábrica, semejante a la de las Indias de España, con el fin de sacar el agua necesaria para la extracción de oro de sus minas<sup>43</sup>. Como era su caso, el agua frecuentemente debía ser llevada de distancias relativamente grandes por medio de canaletas, pasando por terrenos de diferentes propietarios. Esto ocurrió con el padre Joaquim Barbosa Ferreira, morador de Nuestra Señora del Pilar de Congonhas, el cual contó que vivía con sus vecinos en una colina que no tenía ninguna naciente de agua, lo cual generaba mucha incomodidad. La única manera de abastecerse era construyendo una rueda de madera que levantaría el

agua de un monte más bajo, la cual después sería conducida por una canaleta. Sin embargo, afirmó que esta tendría que atravesar por varias casas situadas en un lado y otro. Por eso pidió al rey que diera la orden que ni uno de esos moradores pudiese impedir aquella obra, por la cual él se comprometía a cargar con los gastos y perjuicios que se pudieran provocar en la propiedad ajena<sup>44</sup>.

Era natural que problemas entre los dueños de estos terrenos surgiesen y por esta razón la Carta Regia elaborada por el gobernador de Minas, el Conde de Assumar, el 24 de febrero de 1720, conocida como “Provisión de las Aguas”, intentó poner orden en esas disputas, reglamentando la forma en que se repartía el agua por las autoridades. En el texto es reconocido que, en lo que se refiere a las nacientes, “los más poderosos se apoderaban de ellas llevándolas hasta sus minas y los que no tenían la suya, eran obligados a comprarlas por precios absurdos”<sup>45</sup>. De esas dificultades, varias disputas surgieron; en el Distrito Diamantino, Silvestre de Almeida pidió al gobernador de la capitania que obligara a Manoel Simplicio a “dejar pasar una tubería de agua por el fondo de su patio, ya que no le causaría ningún daño”<sup>46</sup>. De la Villa de San José, Antônio Veloso Xavier, Efigênia de Jesus Veloso y Maria do Sacramento, enviaron un requerimiento pidiendo al superintendente de *Tierras y Aguas Minerales* que enviase a cambiar el cerco que el teniente coronel José Franco de Carvalho y otros hicieron abajo del sitio llamado Porto, en los márgenes del Río de la Muerte, que les impedía tener acceso al río”<sup>47</sup>.

El modo más sencillo de vaciar el agua de una cata era con un balde o un *carumbé*, que los esclavos pasaban de mano en mano. Un poco más elaborado era el rosario, que consistía en una cadena de fierro con pequeñas cubetas colgando, que podían ser movidos manualmente o con una rueda hidráulica, técnica más costosa y sofisticada. En 1740, el juez Tomás Gomes Moreiro, aparentemente con un poco de exageración, calculó el valor de una rueda con una bomba en cerca de seiscientos octavas de oro<sup>48</sup>. Muchos mineros se organizan para repartir los costos y el uso del agua. Fue lo que ocurrió entre el teniente general Felix de Azevedo Cunha y el alférez Manoel Lopes de Azevedo, de un lado, y los padres Antônio Jacome da Costa y Manoel Pinheiro, de otro. Los dos primeros eran propietarios de una vertiente de agua en Mata-Cavalos y dieron su derecho de uso a los dos segundos, a cambio de que ellos asumieran la construcción y gastos de una rueda y las canaletas necesarias. El acuerdo fue que todos tendrían derecho igual sobre el uso del agua sacada y no podrían deshacer la sociedad en cuanto uno de los servicios estuviera en operaciones<sup>49</sup>.

En ocasiones los trabajos de ingeniería eran grandes montajes, principalmente a fines del siglo, cuando los depósitos de gravilla comenzaron a agotarse. En 1798, el jefe de guardia de *Tierras y Aguas Minerales* de la vila de Campanha da Princesa informó que, por esa época, abastecer una faena, frecuentemente, no era muy rentable, ya que la mayoría de los mineros “necesitaban conducir las aguas por distancias de tres, cuatro, cinco,

37 Antonil, 1982, 188.

38 Abreu, 1739, 526-527.

39 Reis, 2007, 66, 98-105.

40 Figueiredo e Campos, coords. 1999, 1, 1805.

41 Renger, 1999, 166-167.

42 RBC, 555 (3), 2-3.

43 Archivo Histórico Ultramarino (AHU), Brasil, Manuscritos de Minas Gerais (MAMG) 44, 60.

44 AHU, Brasil, MAMG, 117, 30.

45 Renger, 1999, 159.

46 Archivo Público Minero, Sección Colonial, 253, 47.

47 AHU, Brasil, MAMG, 164, 19.

48 Reis, 2007, 161.

49 Ibidem, 240.

seis y más leguas, rompiendo rocas con fierro, acero y pólvora, abriendo cerros y pasando concavidades, haciendo andamios de madera y muros, servicios costosos y arriesgados”<sup>50</sup>.

El agua de la lluvia también era almacenada para los servicios mineros y por esta razón, el artículo 109 de ‘Provisión de las aguas’ reglamentaba y ordenaba su uso. Estas eran recolectadas en las pendientes de los cerros y para evitar que cayesen en los ríos eran hechas “cunetas, muchas veces, kilométricas. Para llevarlas” directamente al área de explotación o para ser guardada en estanques de almacenamiento<sup>51</sup>. Aun cuando el agua era necesaria, esta también podía causar trastornos. Era el caso de las que se infiltraban en la tierra, corriendo y llevando arena para las aberturas auríferas más profundas, muchas veces localizadas en un área faenada por un vecino. Para evitar esos problemas, por ley, “el minero era obligado a colocar una tabla en las cunetas con un hoyo para la decantación de lodo y arena”<sup>52</sup>. Grandes tanques para contener la mezcla de lodo y agua, llamados *mundéus*, fueron construidos en la base de los montes, donde posteriormente el oro era depurado, separando los sedimentos. Aún existen vestigios arqueológicos de todos aquellos trabajos complejos de ingeniería fluvial para el uso en la minería y rebelan las diferentes técnicas de construcción que fueron utilizadas por los mineros en aquella época<sup>53</sup>.

En el caso de las riquezas minerales, el agua fue la promotora de la colonización. Esto fue debido a que era en el agua donde se descubrían el oro y los diamantes, y esta era esencial para explotarlos, circunstancia que llevó al desarrollo de la ingeniería fluvial como nunca se había visto en otras partes de la colonia. Por su necesidad, el agua ha sido objeto de numerosas disputas entre los mineros y la legislación ha tratado de resolver estos conflictos para permitir la exploración. Los mineros construyeron núcleos urbanos a lo largo de los ríos y sus aguas, como veremos, fueron cruciales para su suministro.

#### DISTRIBUCIÓN DEL AGUA EN EL ESPACIO URBANO

Minas Gerais fue la capitanía con mayor urbanización del Brasil colonial, a pesar de que la mayoría de los núcleos, muy pequeños, se diferenciaban poco del mundo rural. El primero de esos asentamientos se dio en torno al arroyo de Tripuí, en donde a fines del siglo XVII comenzó la explotación del oro. Este núcleo, más tarde, dio origen a Villa Rica, que se transformó en su capital. A partir de esta región central, la colonización se irradió hacia todos los lados. A principios del siglo XVIII, había faenas de oro en las minas de Cataguazes, Sabará, Serro do Frio, Caeté, Villa Rica, entre otras, que agregaban un conjunto de comunidades y aldeas, que juntas componían lo que se llamó “Las Minas Gerais”.

Para Sílvio de Vasconcelos, “la mayoría de las poblaciones mineras se constituyeron espontánea y libremente”, habiendo sido una excepción la aldea de Tejuco, cuyo plan de urbanización era cuadrículado y organizado; “que se contuvo, limitada por los

accidentes geográficos y por el control administrativo”<sup>54</sup>. Pero, al contrario de lo que el autor sustenta, la transformación de aldeas en villas promovió el orden y la planificación urbana, pues en estas fueron instituidas cámaras municipales<sup>55</sup>, que tenían dentro de sus obligaciones celar por la correcta alineación y pavimentación de las calles, la distribución de las casas, la conservación de los puentes, la purificación y provisión del agua... Para ese último ítem, los ríos eran canalizados y las fuentes construidas en lugares estratégicos, dando a la población el líquido necesario que servía para mitigar su sed y la de sus animales, para la limpieza personal, garantizando el aseo de los cuerpos y del lavado de ropas<sup>56</sup>.

La gestión pública del agua en el ámbito municipal fue importante para evitar las apropiaciones privadas de los recursos hidráulicos, que podrían ser perjudiciales para la comunidad. Esto sucedió, por ejemplo, en la parroquia de Santo Antônio do Rio das Velhas, donde la hermandad del Santísimo Sacramento y una docena de vecinos de esta iglesia construyeron a sus espaldas una zanja que utilizaban para traer el agua del río hasta cerca de sus moradas. Pero, movido por el odio, Matias da Costa Maciel, mandó demoler la zanja en la parte que cruzaba sus tierras, obstruyendo el curso del agua limpia para la aldea. También se apoderó por la fuerza de los terrenos de todas las casas que en su fondo limitaban con el río y además mandó construir una cerca que cerraba el único paso hasta la orilla. Los moradores se vieron privados del agua limpia y simplemente tenían acceso a un arroyo de agua sucia, con el cual sólo podían lavar sus ropas<sup>57</sup>. Teniendo en cuenta los intereses comunes, los concejales aprobaron y contrataron un sinnúmero de servicios de ingeniería fluvial. Sin embargo, era difícil ejecutarlos ya que siempre se generaban conflictos entre ellos y los oficiales encargados de los servicios<sup>58</sup>.

La decisión de Don João V de elevar a Villa do Ribeirão do Carmo a ciudad Mariana, en 1745, para recibir a un obispo, marcó un cambio en la planificación urbana de Minas Gerais:

“Castigada por los desbordamientos, su espacio físico estaba comprometido: los edificios civiles y religiosos, las casas, puentes y calzadas eran inundados por las aguas del Ribeirão do Carmo en el tiempo de las crecientes. Para que estuviese a la altura de su nueva función religiosa, el monarca ordenó que se realizaran las intervenciones urbanas necesaria en la ‘nueva’ ciudad”<sup>59</sup>.

Las intervenciones urbanas fueron realizadas a instancias de la Cámara Municipal y el ingeniero militar José Fernandes Pinto Alpoim diseñó la planta de la nueva ciudad, que adquirió forma de cuadrícula en su nueva área de desarrollo. La calle Derecha fue reformada y la iglesia matriz ampliada. También se tuvo cuidado del abastecimiento de agua y de las aguas del arroyo, que continuamente anegaban el núcleo urbano. No sólo fueron contenidas, sino que también se construyó un sistema de acopio y distribución subterránea a partir de las nacientes de los cerros<sup>60</sup>. José Pereira

50 AHU, Brasil, MAMG, 145, 18.

51 Renger, 1999, 165.

52 Idem.

53 Reis, 2007, 123.

54 Vasconcelos, 1959, 132-134.

55 Russel-Wood, 1977.

56 Tedeschi, 2011.

57 AHU, Brasil, MAMG, 45, 15.

58 Tedeschi, 2011, 90-137.

59 Ibidem, 15.

60 Tedeschi, 2011.

Arouca fue uno de los maestros albañiles que actuó en la ciudad, en la década de 1750, realizando incalculables obras fluviales, como la reparación y construcción de puentes, servicios que fueron licitados y supervisados por la cámara municipal.

Es bueno recordar que en Minas Gerais no fue sólo Mariana la que tuvo un sistema subterráneo de recepción de agua. También la aldea de Tejuco, que actualmente es Diamantina, disfrutó de una comodidad semejante. Construido casi en la misma época, el sistema de canaletas construido para llevar el agua, con el fin de explotar los depósitos auríferos localizados en la vertiente del cerro de Santo Antonio, donde Tejuco estaba localizado, fue lo que dio origen a la utilización de esos desagües para el consumo humano. Desde 1740, un arroyo, el de las Piedras, "tuvo sus aguas desviadas para la población". La zanja, de más de media legua de extensión, fue inicialmente abierta para permitir el lavado del oro en la faena de Grupiara, por una sociedad llamada Lavra da Roda y aun después de ser desactivada, continuó abasteciendo a la ciudad<sup>61</sup>, pero como la calidad de sus aguas era inferior, "apenas servía para lavar las ropas y regar los jardines"<sup>62</sup>.

El primer sistema de abastecimiento público de agua potable (1752) sufrió un desvío, al parecer desde que fue abierto, para captar las aguas del arroyo de Tejuco, afluente del río de las Piedras, que bajaba por el cerro de Santo Antonio<sup>63</sup>, en cuyo centro de la vertiente oriental estaba localizada la aldea<sup>64</sup>. El agua que abastecía las residencias también provenía de otras "pequeñas fuentes que nacían en la montaña donde era construida la aldea"<sup>65</sup>. Y "varias casas tenían nacientes en sus [propios] patios"<sup>66</sup>. Ese sistema fluvial alimentaba las fuentes públicas y particulares, que fueron instaladas en las principales residencias locales<sup>67</sup> e inicialmente alimentaba apenas una fuente pública que fue levantada en el centro de la aldea, junto a la matriz, cerca del mismo año en que se dio nombre a la calle donde estaba localizado (Calle del Chafariz)<sup>68</sup>. A fines del siglo XVIII, con el crecimiento de la población y la ampliación del poblado, la aldea ganó otra fuente, construida junto a la iglesia del Rosario, fraternidad de negros<sup>69</sup>.

En 1753 llegó a la aldea un nuevo contratista de diamantes, el juez João Fernandes de Oliveira, el cual se dispuso a implantar allí aquellas comodidades a las que estaba acostumbrado en Lisboa, donde un acueducto traía el agua desde larga distancia. En la casa que mandó construir para su compañera, la esclava Chica da Silva, existen dos fuentes de agua, que al parecer eran alimentadas por nacientes existentes en el local<sup>70</sup>. Posiblemente se inspiró en la vivienda que su padre fabricaba en el barrio de Lapa, donde un túnel traía el precioso líquido desde grandes distancias<sup>71</sup>.

61 Santos, 1976, 103.

62 Saint-Hilaire, 1974, 29.

63 Vasconcelos, 1959, 127.

64 Santos, 1976, 102.

65 Saint-Hilaire, 1974, 29.

66 Delforge, 2009, 10.

67 D'Orbigny, 1976, 135.

68 Vasconcelos, 1959, 127.

69 Idem.

70 Delforge, 2009, 10.

71 Furtado, 2003, 206.

El sistema de abastecimiento subterráneo del agua de la aldea de Tejuco fue construido utilizando "conducciones (cañerías con formato rectangular hechas de madera tallada con una tapa por encima)"<sup>72</sup>, cuyos vestigios aún pueden hallarse, como en el Beco do Mota e do Alecrim y en las calles de Mercês, Augusto Nelson y Silvério Lessa, que fueron el centro de una excavación reciente<sup>73</sup>. El mapa de la aldea de Tejuco<sup>74</sup>, de 1784, hecho por Antônio Pinto de Miranda, presenta una zanja abierta desde el arroyo de Tejuco para alimentar un caño dentro de la ciudad, construido cerca de la matriz. También se puede observar en este mapa la parte inicial de la conducción abierta desde otro arroyo (tal vez el Piruruca), que se dirigía para el estero de Rosario, donde se torna subterráneo para luego aparecer en otro punto. También se puede observar varios nacientes, localizadas en el interior del espacio urbano, que desembocan para formar los dos arroyos —Piruruca y Bicas— que bajan la sierra de Santo Antônio. Ambos, afluentes del Río Grande.

Los primeros relatos del funcionamiento de este sistema fluvial datan de la primera mitad del siglo XIX. En 1817, el viajero Auguste de Saint-Hilaire afirmó que "las aguas que se beben en Tejuco son excelentes"<sup>75</sup>, registrando que "existen estanques en muchas casas, fuera de tres públicos, sin ornamento alguno". El inglés George Gardner resaltó en 1840 que las aguas del arroyo de Tejuco "son canalizadas por muchas casas, sufriendo a las familias con las mayores comodidades que se pueden disfrutar en un clima caluroso"<sup>76</sup>. De hecho, excavaciones arqueológicas revelan "la presencia de aljibes más anchos (30 cm) en trechos estratégicos, cajas de purificación de arena y bifurcaciones, lo que hace suponer que la red se distribuía en varios usuarios"<sup>77</sup>.

Es interesante observar que en la Villa del Príncipe (actual ciudad Serro), sede de la Comarca a la cual Tejuco pertenecía en esa época, no había ninguna red de abastecimiento de agua ni un estanque en el centro de la ciudad, por lo que el suministro era realizado por los esclavos que traían barriles de agua de los alrededores del núcleo urbano<sup>78</sup>. De esta forma se revela que la riqueza que los diamantes daban a Tejuco, sobresalía entre las demás localidades mineras, aportando "un aire de abundancia", que se reflejó, entre otros factores, en la construcción del sistema de abastecimiento de agua<sup>79</sup>. La urbanización generalizada y la riqueza de estos centros urbanos trajo el desarrollo de la ingeniería fluvial como nunca se había visto en otras partes de la colonia, incluidos los sistemas de distribución subterránea de agua, que sigue siendo inusual incluso en Europa en esta época.

#### LAS PROPIEDADES DE LAS AGUAS Y LA MEDICINA PORTUGUESA

En aquella época, en la medicina hipocrática-galénica, vigente en el mundo occidental, el agua era considerada un ele-

72 Delforge, 2009, 1.

73 Ibidem.

74 Arquivo Histórico de Exército, Mapa 06.01.1131, CEH 3207.

75 Saint-Hilaire, 1974, 29.

76 Gardner, 1942, 385.

77 Delforge, 2009, 10.

78 Ibidem, 2.

79 Saint Hilaire, 1974, 33.

mento con un fuerte poder de sanidad. Siendo una parte fundamental para el cuerpo humano, era utilizada como cura y remedio para todas sus partes. Por eso, debía tenerse cuidado con su descomposición o su contaminación cuando, en su estado natural, se transformaba en un riesgo para la salud. Los boticarios utilizaban el agua como diluyente para varios elementos simples que se mezclaban para formar medicamentos y recibían diversas denominaciones, conforme a su composición y uso: "Agua de olor para el olfato, agua de azucena, de clara de huevo y miel para sacar las manchas y arrugas del rostro, para el cerebro, aguas cefálicas, como las de ópalo, mejorana y salvia; para el hígado, aguas hepáticas como las de chicoria, verdolaga y rosas blancas"<sup>80</sup>. "Para restaurar los espíritus, se rociaba el rostro del enfermo con agua de flor de naranja y luego era cubierto por canela"<sup>81</sup>.

La devoción a Nuestra Señora de la Luz, que surgió en Lisboa, en torno al 1463, se relaciona con las virtudes medicinales del agua. Fue un tal Pero Martins, originario de las cercanías de Lisboa, el que al estar preso en el norte de África, después de haber participado de las campañas de Don Alfonso V contra los musulmanes, habría visto repetidas veces apariciones de la Virgen "llena de una extraordinaria luz y hermosura". Esta le informó que su liberación estaría cercana, pero a cambio pedía que cuando regresase levantara sobre la fuente de Machada, localizada en Carnide al norte de Lisboa, una iglesia dedicada a Nuestra Señora de la Luz, cuya imagen debía buscar en el mismo lugar. De hecho, cuando volvió, encontró una fuente de agua y la imagen, tal como dijo Nuestra Señora. El hecho no pasó desapercibido entre los moradores, que reforzaban el mito al garantizar que andaban viendo luces junto a la naciente<sup>82</sup>. El santuario se convirtió en un centro de peregrinaciones y el agua que brotaba, a pesar de ser "espesa y salada", era considerada saludable y era usada contra los cálculos renales, pues "tenía una virtud especial". La Santa y el agua de la fuente se hicieron objetos de gran vocación popular por su capacidad de realizar milagros<sup>83</sup>.

En Portugal estaban las famosas aguas de Caldas, descubiertas en 1474. El rey Alfonso V, en "virtud que nuestro Señor puso las aguas y que muchas personas van a ellas", decidió "dar camas y mantenimiento para los que fueran a curarse en dichas termas". De esta forma un pequeño villorrio comenzó a surgir...<sup>84</sup> Pero fue en el reinado de Don Juan II (1481-1495) y de Doña Leonor cuando, bajo la inspiración de esta última, en 1485, se abrió el *Hospital de Nuestra Señora de Pópulo*, después llamado *Hospital de Caldas da Rainha* en su homenaje. Este establecimiento fue uno de los precursores del Reino al usar institucionalmente el valor curativo del agua, pues estaba situado en una región termal y fundamentaba sus tratamientos en el uso de "aguas cálidas que fluían del suelo y que poseían cualidades terapéuticas poco comunes". En los años siguientes su fama llegó hasta el papa Alejandro VI<sup>85</sup>. En el siglo XVIII eran visitadas regularmente por Don Juan V, sobre todo después de que dos ataques, en 1742, lo dejaran con

parálisis. El primero ocurrió cuando realizaba sus últimos despachos, entre las "4 y 5 horas de la tarde, le vino un estupor que lo dejó sin sentidos y se quedó inmobilizado del lado izquierdo y con la boca chueca"<sup>86</sup>. En esa misma época, el médico portugués João Curvo Semedo indicaba "lavar la cabeza en las aguas termales llamadas Rainha" para curar los dolores de esta<sup>87</sup>. Según él, haciéndose eco de lo que "decían muchos doctores", "los baños termales y los baldeos de su agua son admirables (...) para la falta de memoria proveniente de la intemperancia fría y del colapso de los nervios"<sup>88</sup>.

El descubrimiento de nuevas fuentes termales medicinales llegaba a ser notificado en la *Gazeta de Lisboa*, pues la devoción e interés de las personas era enorme. Fue lo que aconteció en los alrededores de Lamego, en 1720, cuando

"Un morador observó, casualmente, en un sitio estéril y seco, en el cual nunca hubo agua, un poco de humedad en el suelo y mirando para ella, al ver que aumentaba al acercarse a un pequeño arbusto, con la curiosidad de saber si surgía de la tierra o si alguien la había lanzado ahí, comenzó a cavar con esmero y viendo que salía desde el lugar cavado un poco de agua, dijo para un acompañante que le parecía milagrosa y que quería lavarse los ojos con ella, pues los que tenía gravísimamente inflamados. Así lo hizo y luego se vio sano. Con la voz de este suceso, que él divulgó, comenzaron a lavarse y a beber de ella algunos enfermos de fiebre del lugar, todos quedaron libres de sus padecimientos. La tierra fue abriéndose, para obtener más agua, y en ella se hallaron un gran número de piedras cuadradas de la misma forma y color que las del Oriente, de las cuales se han repartido una buena cantidad por esta comarca y se llevan por todo el reino. Se le dio el nombre de Fuente de Santa Ana, por haber sido descubierta en el día de aquella santa, y de todo lugar fueron los enfermos, en los que ocurrieron prodigios todos los días. El temor era que al sacar las piedras el agua perdiese su virtud, que según se entiende le fue dada"<sup>89</sup>.

No es de extrañar, entonces, que como los minerales fueron descubiertos en el interior de los ríos y lagos, las aguas de la región minera se identificaran con un mundo maravilloso, y la región fuera en cierto modo divinizada. Del mismo modo, son exaltadas sus virtudes medicinales para curar muchas dolencias.

#### EL AGUA COMO UN INDICADOR DEL PARAÍSO DEL NUEVO MUNDO

Los escritos de los primeros cronistas que relatan el descubrimiento de Brasil exaltan la templanza del clima y el aire, las virtudes y la limpieza de las aguas, la fertilidad de la tierra, la diversidad y abundancia de la flora y la fauna, y la prolijidad de sus riquezas, lo que aproximaba la tierra al paraíso terrestre. La carta, que el escribano Pero Vaz de Caminha envió al rey anunciando el descubrimiento de nuevas tierras, decía que "son muchas aguas, infinitas. Es agraciada en tal manera [la tierra] que es totalmente aprovechable, en ella se da todo por causa de las aguas que tiene"<sup>90</sup>.

80 Bluteau, 1739, 171.

81 Semmedo, 1741, 54.

82 Santana e Sucena, 1994, 548.

83 Furtado, 2007b.

84 Machado, 1987, 13.

85 Ibidem, 12 y 14.

86 *Gazeta de Lisboa*, 10 de mayo de 1742.

87 Semmedo, 1741, 82.

88 Ibidem, 85.

89 *Gazeta de Lisboa*, 3 de julio de 1721, 216.

90 Caminha, 1987, 97.

Los jesuitas, que llegaron en el siglo XV para ser misioneros entre los indígenas, fueron los primeros en inmortalizar la idea de Brasil como un lugar de bienaventuranzas. El padre Manoel da Nóbrega la describió como una tierra siempre verde, donde las frutas eran sabrosas, los mares y ríos poderosos, que daban testimonio de “la grandeza, belleza y sabiduría de Dios”<sup>91</sup>. El padre Rui Pereira subrayó, en 1560, que “si hay un paraíso en la tierra, yo diría que está en Brasil”<sup>92</sup>. En 1663, el jesuita Simão de Vasconcelos escribió sus impresiones sobre Brasil, en su “crónica del nuevo mundo”, y concluyó que “Dios, nuestro Señor, plantó ahí el paraíso terrenal”<sup>93</sup>. Para él, “la existencia de Brasil nos muestra justamente la perfección de las propiedades de Él, y estas son tales que parecerán increíbles a quienes aún no las vieron”. Para comprobar la abundancia de la nueva tierra enumeró los cuatro requisitos principales colocados por los filósofos para indicar la presencia del paraíso y los puso a prueba en Brasil. Entre ellos que sus aguas sean cristalinas y ricas en peces”<sup>94</sup>.

A inicios del siglo XVIII, con el descubrimiento del oro y de los diamantes, se estableció la asociación entre Minas Gerais y el paraíso terrestre, transfiriéndose el mito para la región: Tierra que se revela por los designios divinos para la redención de los portugueses<sup>95</sup>. Uno de los elementos que recurrentemente era mencionado por los cronistas, que deseaban comprobar esa correlación, era la calidad del agua, pues se imputaba a esta capacidades milagrosas, curativas y medicinales. Se destacaba la creencia religiosa del agua bautismal, del agua bendita y del maná —alimento que, según la Biblia, Dios mandó en forma de lluvia a los israelitas en el desierto— como capaces de potenciar las virtudes terapéuticas y curativas del agua.

José Rodrigues Abreu encontró<sup>96</sup>, en Minas Gerais, los mismos elementos enumerados por Simão de Vasconcelos como indicadores para reconocer el “paraíso de la tierra en que Dios nuestro Señor, como en un jardín, puso a nuestro primer padre”<sup>97</sup>. Como si el libro de este constituyera una ruta que identificaba los elementos necesarios para unir el paraíso de la tierra al oro y los diamantes. En cuanto a las aguas brasileñas, Simão de Vasconcelos afirmó que “hemos dicho que son de las mejores, las más puras y más cristalinas del mundo, tanto las saladas como las dulces”<sup>98</sup>. Rodrigues Abreu afirmó que en Minas “toman nombre muchos ríos caudalosos, las aguas son cristalinas y frías, sirven como un delicioso regalo para los pasajeros fatigados” y “no faltaban peces de diferentes especies”<sup>99</sup>.

En Brasil, en general, y en Minas Gerais, en particular, según los principios galénicos, se generalizó de la misma manera el hábito de dar un valor curativo al consumo de agua de determinadas fuentes y los baños por inmersión, especialmente de aguas termales o calientes, algo que era reforzado por el hábito que tenían

los indígenas de bañarse frecuentemente. En 1809, el inglés John Mawe, muy enfermo cuando llegó a la localidad de Tejuco, contó que en la localidad “los baños calientes son muy utilizados porque son tenidos como una cura eficaz para resfriados recientes (...) En la noche [los moradores] siempre proponen a los viajeros una ducha caliente, como forma de aliviar los dolores causados por el cansancio del día”<sup>100</sup>.

Los descubrimientos de nuevas fuentes termales aumentaron en la capitania: en 1728, en la localidad de Mariana, los moradores descubrieron “un ojo de agua que nace caliente en todas las estaciones del año, del cual dicen los maestros de medicina, que pasa por Minas como un antimonio que es bueno para todas las enfermedades”<sup>101</sup>. El lugar quedó conocido como Morro da Agua Quente<sup>102</sup>. En junio de 1786, una fuente de “aguas termales tan virtuosa y útil” fue descubierta en el distrito de Sapucaí, en la comarca del Río de la Muerte. El gobernador Luís da Cunha Menezes, que había ordenado a todos los comandantes del distrito que informasen el “conocimiento físico o natural” de la región bajo su jurisdicción, juzgó ese como el más útil de todos los que llegaron hasta entonces, pues “había curado molestias [especialmente] el del gran mal de lepra”. La fuente vertía agua tan caliente que “no se podía estar dentro de ella” y causaba “una temperatura altísima a las heridas gálicas” sanándolas. La cura más espectacular ocurrió a un leproso que ya tenía grandes ampollas por todo el cuerpo<sup>103</sup>. La fuente de Agua Quente fue otro manantial que originó la concentración de peregrinos atraídos, en el siglo XIX, por el casual descubrimiento de un cazador de una fuente termal en las cercanías del arroyo llamado Tábua, pues “en poco tiempo corrió la fama de las aguas milagrosas de aquella fuente”. En el local, siete nacimientos fueron hallados, el más antiguo denominado Poço Antigo o Félix<sup>104</sup>.

Entre los descubrimientos de agua milagrosa con poderes curativos en la Capitania, se destaca el caso de Laguna Santa, localizada en la comarca de Sabará, junto al poblado de Roça Grande.

## LAGUNA SANTA DE SABARÁ

El primer morador de la localidad, que era en aquel entonces llamada Laguna Grande, fue Felipe Rodrigues de Macedo, que en 1713, estableció en las proximidades, una pequeña parcela con cereales y caña de azúcar, con la cual producía aguardiente<sup>105</sup>. Él comenzó a pregonar las virtudes del agua de la laguna, después de haber sido curado de “setenta y dos gomas [masa blanda de tejidos en las piernas y brazos<sup>106</sup>] abiertas”. “Lo que hizo fue solamente lavar las heridas con aquella agua y en dos meses se encontraba enteramente sano”. En otra ocasión le acometió una sordera y a pesar de los remedios utilizados “cada día estaba más sordo”. Por eso, “mojando la cabeza por si acaso en aquella agua, en la misma noche sintió unos ruidos y al despertar, se vio con su

91 Goodyear, 1982, 38-39.

92 Ibidem, 40.

93 Vasconcelos, 1663, 1, 24.

94 Ibidem, 144.

95 Furtado, 2005, 277-295.

96 Idem.

97 Vasconcelos, 1663, 178.

98 Ibidem, 27 y 171.

99 Abreu, 1739, 516-517, 520.

100 Mawe, 1978, 176.

101 Figueiredo e Campos (coords.), 1999, 267.

102 Tedeshi, 2011, 39.

103 AHU, Brasil, MAMG, 125, 35.

104 Barbosa, 1995, 211.

105 Carvalho (coord.), 1925, 7.

106 Bluteau, 1739, 3, 93.

salud restituida perfectamente". Otro que experimentó los poderes del agua fue un esclavo llamado Antonio, quien al llegar a su casa lleno de llagas en su cuerpo, luego de lavarse "algunas veces, en el curso de dos meses, estaba sano"<sup>107</sup>.

En febrero de 1749, el abogado Simão Pereira de Castro, opositor en Coimbra, vino a visitar a Felipe Macedo para ayudarlo a vender sus tierras y arremetido "de un hormigueo que le sobrevenía en las nalgas hace ocho años, habiendo invertido en medicina sin conseguir ni una mejoría, se decidió a tomar baños"<sup>108</sup>. Los hormigueos eran unas infecciones cutáneas, llamadas de esa forma "porque produce agujeros del mismo modo que las hormigas hacen en la tierra cuando construyen su casa (...) produciendo orificios redondos y profundos, junto a comezón y grandes dolores (...) formando muchas heridas e hinchazón en varias partes del cuerpo"<sup>109</sup>. El clima caluroso del verano era una invitación para refrescarse en las limpias aguas de la laguna y, de hecho, Pereira de Castro, en pocos días presentó una mejora significativa. Continuó con las inmersiones y "mejoró también de dos quebraduras<sup>110</sup> y de dos tumores en las manos"<sup>111</sup>. En ese entonces llegó su amigo el carmelita fray Pedro Antônio de Miranda, quien al ver que "el beneficio de esta agua había producido aquel efecto", y después de tomar conocimiento de diversas curas relatadas por Felipe Rodríguez de Macedo, convencido "que del agua provenía aquella virtud", resolvió bañarse en la laguna en busca de curar unos "gases melancólicos, que padecía hace dos años". Pero no se atrevió a hacerlo sin antes consultar a un médico. Eso fue lo que hizo al volver a la villa Sabará, donde vivía. Pidió consejo a un médico italiano, Antonio Cialli, que basado en el relato del cura, reconoció que el "agua era prodigiosa" y quedó "ansioso de [ir] examinar sus cualidades"<sup>112</sup>.

En marzo, el religioso y el médico se dirigieron hacia la laguna. Después de hacer estudios químicos, Cialli concluyó que el agua contenía ácido sulfúrico y acero —el primero "volátil y en pequeña cantidad, y este [segundo] en mayor proporción"<sup>113</sup>. El ácido sulfúrico era una sal mineral semejante al vidrio, el cual era muy utilizado como antídoto y como cicatrizante, incluso en los miembros viriles. Era capaz de tratar todas las enfermedades cutáneas como sarnas, lepras, quigilias<sup>114</sup>, morfeas, hormigueos, hasta tumores, hernias, verrugas o llagas, tanto gálicas<sup>115</sup> como escorbúticas<sup>116</sup>, y dolores. El cirujano Luís Gomes Ferreira, que trabajó en Minas Gerais en el primer cuarto del siglo XVIII, escribió un libro de medicina llamado *Erário Mineral*, donde describió las enfermedades y los tratamientos que aplicó durante su estadía en la capitanía, afirmando que "el mejor remedio para destruir las enfermedades venéreas es el espíritu de ácido sulfúrico,

que atinge, desobstruye y limpia todas las llagas". Para sanar el hormigueo quemó "las heridas y orificios con aceite de vitriolo, tocando las heridas y aplicándolo en los agujeros y cavernas con jeringas, repitiendo el procedimiento todos los días"<sup>117</sup>. El acero era útil "en las molestias internas donde fuese necesario drenar<sup>118</sup>, atenuar, desobstruir y fortalecer"<sup>119</sup>, usado en las obstrucciones, diarreas, lenterías<sup>120</sup>, estrangulamientos, que procedían de viscosidades (...) y en los escorbutos y gálicos era un remedio eficaz"<sup>121</sup>. Píldoras de acero eran recomendadas en las obstrucciones del bazo y del peritoneo<sup>122</sup>.

Animado con las conclusiones del médico, fray Pedro Antônio de Miranda, no sólo se bañó en la laguna sino que también bebió su agua y "recuperó su antigua salud y color natural"<sup>123</sup>. La noticia de sus virtudes medicinales se comenzaron a difundir, atrayendo a los primeros peregrinos en busca de cura<sup>124</sup>. En esa época "las personas al ir a tomar baño en dicha laguna [...] algunas vivenciaban mejorías en varias enfermedades que padecían"<sup>125</sup>. En abril cerca de tres mil personas se aglomeraban en las cercanías y de esta forma llegó un permiso del obispo Dom Manoel da Cruz para que fuesen celebradas misas y se organizase una fiesta religiosa. El padre Pedro Antônio de Miranda, bajo el sonido de los músicos de Sabará, predicó utilizando un altar portátil. El 2 de mayo, Felipe Rodríguez de Macedo y Manuel Pereira Berredo consiguieron los fondos para construir una capilla dedicada a Nuestra Señora de la Salud<sup>126</sup>.

Los casos de curas milagrosas de molestias acontecían y extrapolaban las fronteras de la capitanía. El flujo de personas fue tal que el juez de derecho determinó que se buscara un lugar más apropiado para levantar un villorrio. De esta forma, se convocó a la cámara de Sabará que, preocupada con el aspecto sanitario de las aguas milagrosas, determinó que el poblado fuese edificado "encima de la acequia de la laguna, en el puente, lugar más cómodo para que las inmundicias no corrompieran el agua". Fue definida la forma "en que las casas serían construidas, el orden y demarcación" de los terrenos urbanos, señalándose que se tomarían "los baños en sitios determinados"<sup>127</sup>. En 1772, cuando pasó por allí el gobernador Luiz Albuquerque de Mello Pereira e Cárceres, de camino a Mato Grosso, la fama de la laguna era grande y ya se había agregado el nombre Santa al topónimo. Él observó que "a tres leguas adelante de Santa Lucía, se encontraba, al lado derecho, una laguna bastante grande llamada de Santa, a cuya agua atribuían varias virtudes medicinales"<sup>128</sup>. También se refiere a ella como Laguna Santa Cruz, cuya agua es medicinal"<sup>129</sup>. Sobre

107 Carvalho (coord.), 1925, 8.

108 Idem.

109 Furtado (coord.), 2002, 2, 567.

110 "Hérnia intestinal cuando se relaja o extiende", en Bluteau, 1739, 4, 34.

111 Carvalho (coord.), 1925, 10.

112 Carvalho (coord.), 1925, 9.

113 Ibidem, 8-9.

114 "Maldición que los padres de los negros de Angola dan a sus hijos, diciendo que si comiesen venado, carnero, etc. serían malditos y tendrían nudos, señales y morirían", Bluteau, 1739, 4, 58.

115 De origen venéreo (Furtado, 2002, 2, 786).

116 Carvalho (coord.), 1925, 9.

117 Furtado (coord.), 2002, 2, 575 y 596.

118 Expeler los fluidos.

119 Bluteau, 1739, 1, 571.

120 "Lisura o polimento de los intestinos, que es la causa del rápido deceso de los excrementos", Bluteau, 1739, 3, 123.

121 Carvalho (coord.), 1925, 9-10.

122 Furtado (coord.), 2002, 1, 304.

123 Carvalho (coord.), 1925, 10.

124 Barbosa, 1995, 211.

125 AHU, Brasil, MAMG, 85, 53, 1.

126 Barbosa, 1995, 211.

127 Carvalho (coord.), 1925, 11.

128 Freyre (coord.), 1968, 63.

129 Ibidem, 39.

la población afirmó que “junto a esta laguna se encuentra establecido un pequeño villorrio, a la derecha está el arroyo Mota con su puente”<sup>130</sup>.

En los primeros meses de 1749 llegó también un médico portugués, João Cardoso de Miranda, que desde mediados de la década de 1720 se estableció en Bahía, donde practicaba la medicina y había desarrollado un medicamento para la cura del escorbuto<sup>131</sup>. Era natural de Filgueiras, aldea de São Martinho de Cambres, se recibió de cirujano en Portugal, y después de 1719, viajó a España y Francia, donde perfeccionó sus conocimientos<sup>132</sup>. Una enfermedad que le atacó los ojos a los 18 años y que, poco a poco, lo hacía perder la visión, dificultándole la práctica de la medicina, lo llevó a Minas Gerais en busca de un tratamiento en las aguas milagrosas de Laguna Santa, “al no haber encontrado un remedio eficaz en la medicina”. Tuvo noticia de ella cuando estaba en Río de Janeiro, casi ciego, vendiendo su remedio para el escorbuto. Al sentirse mucho mejor después de tomar los baños, establecido en la aldea de Sabará, decidió escribir un pequeño relato<sup>133</sup> sobre los efectos de las aguas prodigiosas. El folleto original contiene 27 páginas y se titula *Prodigiosa Laguna descubierta en Congonhas en las Minas de Sabará, que ha curado a varias personas de los achaques, que en este texto se exponen*<sup>134</sup>. Afirma que “aún no consta hasta ahora problema que esas aguas no sirvan de remedio”, que el doctor Cialli dijo “con sutilidad todo lo que ha sido observado” sobre la composición del agua, y que otro médico, João Agostinho Guido, originario de Génova, garantizó que “para observarse y descubrir la verdadera calidad de aquellas aguas era necesaria la inspección [mas] de uno o dos años”; por ello Cardoso decidió limitarse a describir los 114 casos de curas comprobadas para los más diversos males<sup>135</sup>. Publicado en Lisboa, en 1749, el librito dio fama a la laguna y su agua pasó a ser exportada en barriles para el reino, donde el consumo era enorme y los precios exorbitantes<sup>136</sup>.

João Cardoso de Miranda inicia su texto describiendo las características y peculiaridades de las aguas de la laguna, de manera milagrosa, no se mezclaban ni con sangre, ni con agua de lluvias, ni con jabón. Cuando había calma, las aguas eran cristalinas, como “un transparente vidrio”, de forma que los que las navegaban siempre podían ver el fondo, principalmente “entre las nueve de la mañana y las tres de la tarde”. Su agua era de una belleza poco común, cuando “sin movimiento se muestra en su superficie como una película (...) de color de acero”. Por eso, dando un simple “soplo, se deshace, quedando los labios que lo dividen, color de plata y el agua que aparece por la división de color azul”. “Cuando se enfría por causa de los vientos, queda de color azul oscuro”. Como en el paraíso, la laguna nacía de un ojo localizado en su centro, teniendo apenas un lagrimal; era muy parpadeante y “visitada por muchas aves. Y apuntando para sus

virtudes de pureza, “ni mosquitos ni moscas se ven en su orilla”. Todas esas cualidades la hacían muy “apreciable y llamativa”<sup>137</sup>.

De los 114 enfermos que se fueron a curar, 91 eran hombres (79,8% del total) y 23 eran mujeres (21,2%). Entre los hombres, 55 eran blancos libres (60,5% de los hombres), 31 eran negros (34%) y cinco mestizos (5,5%). Entre los 36 hombres de color, 26 eran esclavos y 10 libertos. En este aspecto, a pesar de no ser un grupo mayoritario entre los hombres de la capitania, los blancos libres tuvieron más acceso a los baños que los esclavos, que existían en un número considerablemente mayor. Del total de las 23 mujeres, siguiendo las tendencias de la población como un todo, solamente tres eran blancas (13%), tres eran mestizas (13%) y 17 eran negras (74%). Pero en el caso de ellas, al contrario que los hombres, las esclavas eran mayoría, totalizando 13 casos (56,5%) seguidas de seis libertas (26,1%) y cuatro libres (17,4%). Sólo dos enfermos no eran oriundos de las regiones de la capitania, habían escuchado las noticias en Río de Janeiro...

Las enfermedades sufridas por quienes buscaban la Laguna Santa levantaron 138 boletines que eran de los tipos más diversos. Las más comunes eran las de la piel, que totalizaban 37 casos (26,8%) tales como el hormigueo (7), urticaria (5), llagas, úlceras, verrugas, boubas y erisipela. Por detrás, aparecen los dolores articulares, el reumatismo o la deformación de los miembros, que presentan 17 casos (12,3%) y abscesos, tumores e hinchazón con 14 notificaciones (10,1%). Problemas en los riñones o de retención de líquido (7), ceguera (7), espasmos, parálisis parcial y convulsiones (7), obstrucciones (5), gases (5), cursos—movimientos rápidos de fluidos, como sangre y heces— (5) y enfermedades gálicas (5) dan un total de 41 casos. Menos comunes fueron: hernias (3), asma (3), cáncer (3), lepra (2), gota (2), calentura (2), bocio (2), tos (2), sordera (2) y dolores generalizados (2), en total 23 casos. Diabetes, escorbuto, parásitos intestinales, bochornos y pérdida de peso tuvieron cada una un reporte y también existió un caso en el que la enfermedad no fue especificada.

El número de baños necesario para la cura completa o mejoría significativa de los males varió, aun cuando se tratase del mismo problema. La mayoría se curó bañándose en un intervalo de 11 a 21 días (49 reportes, correspondiendo al 43% del total, siendo 19 las que necesitaron exactamente 15 días). Dieciséis enfermos (14,1%) tomaron entre 2 y 5 baños, nueve (7,9%) entre 6 y 10, y 12 (10,5%) necesitaron de 1 a 2 meses. Para 15 enfermos (13,1%) Cardoso de Miranda registró que fueron pocos baños y para 13 casos (11,4%) no hubo especificación alguna.

Los casos se sucedieron: Antônio Francisco Neves, morador de Sabará, sufrió por muchos años de ataques gálicos y no podía montar a caballo, por la debilidad de la parte interna de las piernas. Después de algunos baños se sanó. Idelfonso, negro liberto, de apenas 24 años, cuyo muslo estaba cubierto por una úlcera abierta, que resistía a todos los tratamientos, le quitó el sueño por causa del dolor persistente, sintió mejorías apenas “al poner en la úlcera paños mojados de agua de la laguna”. Valéria de Sá, sentía dolores menstruales intensos y presentaba un ciclo menstrual irregular causado por una inflamación en el bazo. Bastaron dos baños para presentar una mejora significativa. Manoel, es-

130 Ibidem, 63.

131 Furtado, 2002, 9.

132 Carvalho (coord.), 1925, IX, XV y XXVI.

133 AHU, Brasil, MAMG, 53, 53.

134 Carvalho (coord.), 1925.

135 Ibidem, 12.

136 Lima Jr., 1953, 256.

137 Carvalho (coord.), 1925, 5-7.

clavo, tenía los pies hinchados hacía 30 años, con heridas en los metatarsos, causados por urticaria. Con un mes de baños la mitad de ellas cicatrizó<sup>138</sup>.

Cardoso de Miranda concluye que no era posible, después de tantas evidencias, no juzgar de magníficas sus aguas. Se configuraban como "uno de los mayores tesoros que la Divina Providencia permitió a toda América como remedio". De esta forma, además de garantizar el abastecimiento, o la práctica de la minería, las aguas que abundaban en la capitanía, mostraban otra dimensión en las curas y milagros que ocurrían gracias a Laguna Santa. No sólo quedaban guardadas en la memoria de los enfermos o se propagaban en noticias circulantes, sino que agradecían el nombre del Señor y hacían de Minas Gerais y de sus aguas milagrosas el remedio corporal y espiritual de sus habitantes<sup>139</sup>. Como preveían los primeros cronistas del Nuevo Mundo, en el siglo XVIII, el paraíso terrestre se unía a Minas Gerais, y sus aguas cristalinas, virtuosas y ricas en minerales eran la señal de ello.

## CONCLUSIÓN

A diferencia de otras regiones, los ríos no eran de mucha ayuda para los colonos como medio de transporte que sirviera a la penetración en la zona minera. Sin embargo, sus aguas eran fundamentales para la ocupación de la región, tanto para calmar la sed como para guiar a los caminantes. Sus riquezas minerales estaban en los lechos de los ríos y de los lagos y eran responsables de dicha ocupación. La necesidad de dominar las aguas para explotar estas riquezas y el proceso de intensa urbanización condujo a la necesidad de aumentar los servicios y la ingeniería fluvial, incluyendo la construcción de fuentes de agua subterráneas, como en los pueblos de Mariana, Tejuco o Vila Rica. El agua no fue solo fuente de vida y de la economía local, sino que también fue objeto de acaloradas disputas que llevaron a la necesidad de una regulación específica sobre su uso para garantizar la explotación del oro y de los diamantes. La riqueza encontrada llevó rápidamente a que la región y sus aguas fueran deificadas como en ninguna otra región de la colonia. Numerosas fuentes de aguas milagrosas fueron encontradas en la capitanía y la más simbólica de ellas fue la Laguna Santa de Sabará.

## BIBLIOGRAFÍA

- Avreu, J. R. 1733-1752: *Historiologia Médica, fundada e estabelecida nos princípios de George Ernesto Stahl*. Lisboa, Officina da Musica, 4 v.
- Avreu, J. R. 1739: *Historiologia Médica, fundada e estabelecida nos princípios de George Ernesto Stahl*, 2, Lisboa, Officina de António de Sousa da Silva.
- Antonil, A. J. 1982: *Cultura e opulência do Brasil*. Belo Horizonte, Itatiaia.
- Assunção, P. 2000: *A terra dos brasis: a natureza da América portuguesa vista pelos primeiros jesuítas. (1549-1596)*. São Paulo, Annablume.
- Barbosa, W. A. 1995: *Dicionário Histórico Geográfico de Minas Gerais*. Belo Horizonte, Itatiaia.
- Bluteau, R. 1739: *Diccionario da língua portuguesa*, 1-5. Lisboa, Oficina de Thaddeo Ferreira.
- Boxer, C. R. 2000: *A idade de ouro do Brasil: dores de crescimento de uma sociedade colonial*. Rio de Janeiro, Nova Fronteira.
- Brito, F. T. 1999: "Itinerário geográfico com a verdadeira descrição dos caminhos do Rio de Janeiro até as Minas do Ouro", em Figueiredo, L.R.A. e Campos, M. V. (coords.): *Código Costa Matoso*. Belo Horizonte, Fundação João Pinheiro, 1, 905.
- Caminha, P. V. 1987: *Carta de Pero Vaz de Caminha a El Rei D. Manuel sobre o achamento do Brasil*. Lisboa, Publicações Europa-América.
- Carvalho, A. da S. (editor) 1925: *Prodigiosa lagoa descoberta nas Congonhas das Minas do Sabará, que tem curado a várias pessoas dos achaques, que nesta Relação se expõem*. Coimbra, Imprensa da Universidade.
- Delforge, A. H. 2009: *Relatório sobre o Monitoramento Arqueológico de Emergência no Núcleo Urbano Tombado da Cidade de Diamantina*. Belo Horizonte, IPHAN.
- D'Orbigny, A. 1976: *Viagem Pitoresca Através do Brasil*. Belo Horizonte, Editora Itatiaia.
- Figueiredo, L. R. A. e Campos, M. V. (eds.) 1999: *Código Costa Matoso*, 1-2. Belo Horizonte, Fundação João Pinheiro.
- Freyre, G. (coord.) 1968: *Contribuição para uma sociologia da biografia: o exemplo de Luiz de Albuquerque, governador de Mato Grosso no fim do século XVIII*, 2 vols. Lisboa, Academia Internacional da Cultura Portuguesa.
- Furtado, J. F. (editora) 1994: *Memória sobre a Capitania das Minas Gerais, seu território, clima e produções metálicas de José Vieira Couto*. Belo Horizonte, Fundação João Pinheiro.
- Furtado, J. F. 1999: "Saberes e negócios: os diamantes e o artífice da memória. Caetano Costa Matoso", em *Varia Historia*, 21, Belo Horizonte, 295-306.
- Furtado, J. F. (org.) 2002: *Erário Mineral de Luís Gomes Ferreira*, 2 vols. Belo Horizonte, Fundação João Pinheiro.
- Furtado, J. F. 2002: "Arte e segredo: o licenciado Luís Gomes Ferreira e seu caleidoscópio de imagens" em Furtado, J. F. (org.): *Erário Mineral de Luís Gomes Ferreira*. Belo Horizonte, Fundação João Pinheiro, 1, 3-30.
- Furtado, J. F. 2003: *Chica da Silva e o contratador dos diamantes: o outro lado do mito*. São Paulo, Companhia das Letras.
- Furtado, J. F. 2005: "José Rodrigues Abreu e a geografia imaginária emboaba da conquista do ouro" em Bicalho, M. F. e Ferrini, V. L. A. (orgs.): *Modos de Governar: idéias e práticas políticas no Império Português (séc. XVI a XIX)*. São Paulo, Alameda, 277-295.
- Furtado, J. F. 2007a: "O Distrito dos Diamantes: uma terra de estrelas" en Resende, M. E. L. e Villalta, L. C. (orgs.): *História de Minas Gerais: as Minas setecentistas*. Belo Horizonte, Autêntica, 1, 303-320.
- Furtado, J. F. 2007b: "A santa, o terremoto e os diamantes" em Araújo, A. C., Cardoso, J. L., Monteiro, N. G., Rossa, W., Serrão, José Vicente (coords.): *O terramoto de 1755: impactos históricos*. Lisboa, Livros Horizonte, 345-353.
- Furtado, J. F. 2008: "Os sons e os silêncios nas Minas do ouro" em Furtado, J. F. (org.): *Sons, formas, cores e movimentos na modernidade atlântica: Europa, Américas e África*. São Paulo, Annablume, 19-56.
- Furtado, J. F. 2012: "From Brazil's Central Highlands to Africa's Ports: Transatlantic and Continental Trade Connections in Goods and Slaves" em *Colonial Latin American Review*, 21, 1, 127-160.

138 *Ibidem*, 22-28.

139 *Ibidem*, 29.

- Gardner, G. 1942: *Viagens no Brasil*. São Paulo, Companhia Editora Nacional.
- Gomes, P. F. 1997: *Um herege vai ao paraíso: cosmologia de um ex-colono condenado pela Inquisição (1680-1744)*. São Paulo, Companhia das Letras.
- Goodyear Jr., J. 1982: "Agents of Empire: Portuguese doctors in colonial Brazil and the idea of tropical disease", PHD thesis, Johns Hopkins University.
- Holanda, S. B. 1990: *Monções*. São Paulo, Editora Brasiliense.
- Holanda, S. B. 1994a: *Caminhos e fronteiras*. São Paulo, Companhia das Letras.
- Holanda, S. B. 1994b: *Visão do Paraíso: os motivos edênicos no descobrimento e colonização do Brasil*. São Paulo, Brasiliense.
- Lima Junior, A. sd: *História dos Diamantes nas Minas Gerais*. Rio de Janeiro, Dois Mundos.
- Lima Junior, A. 1953: *Notícias históricas de norte a sul*. Rio de Janeiro, Livros de Portugal.
- Machado, J. S. 1987: *Azulejos do Hospital Termal das Caldas da Rainha. Séculos XVI-XVIII*. Caldas da Rainha, Museu de José Malhoa.
- Marino, N. F. (org. e trad.) 1999: *El libro del conocimiento de todos los reinos*. Tempe, Arizona Center for Medieval and Renaissance Studies.
- Mawe, J. 1978: *Viagens ao Interior do Brasil (1807-1810)*. Belo Horizonte, Editora Itatiaia.
- Reis, F. M. da M. 2007: "Entre faisqueiras, catas e galerias: explorações do ouro, leis e cotidiano as Minas do século XVIII (1702-1762)", dissertação de mestrado, UFMG, Belo Horizonte.
- Renger, F. E. 1999: "Direito Mineral e Mineração no Código Costa Matoso" em *Varia Historia*, 21, Belo Horizonte, 156-169.
- Russel-Wood, A. J. R. 1977: "O governo local na América portuguesa: um estudo de divergência cultural" em *Revista de História*, São Paulo, 55, 109, 25-80.
- Saint-Hilaire, A. 1974: *Viagem pelo Distrito dos Diamantes e Litoral do Brasil (1817-1818)*. Belo Horizonte, Editora Itatiaia.
- Santana, F. G. e Sucena, E. 1994: *Dicionário da História de Lisboa*. Lisboa, Carlos Quintas & Associados Consultores.
- Santos, J. F. 1976: *Memórias do Distrito Diamantino*. Belo Horizonte, Editora Itatiaia.
- Semmedo, J. C. 1741: *Polyanthea medicinal. Noticias galenicis e chymicas. Repartidas em três tratados*. Lisboa Ocidental, A. P. Galram.
- Tedeschi, D. M. R. 2011: "Águas urbanas: as formas de apropriação das águas em Mariana/MG (1745-1798)", dissertação de mestrado, Unicamp.
- Vasconcelos, S. 1663: *Chronica da Companhia de Jesu do Estado do Brasil*, vol. 1. Lisboa, Oficina de Henrique Valente de Oliveira.
- Vasconcelos, S. 1959: "A formação urbana do arraial do Tejuco" em *Revista do Patrimônio Histórico e Artístico Nacional*, Rio de Janeiro, 14, 121-134.